

el que promoviesen sublevaciones y alborotos. Dió orden, de que se restableciesen las Iglesias parroquiales: proveyó á la subsistencia de los párrocos, y de una buena porcion de sabios misioneros que debian permanecer aun algunos años en la provincia. Destinó un fondo para establecer el colegio de los Jesuitas de que hemos hablado. En fin nada olvidó de todo aquello que podia impedir, que volviese la heregía á introducirse en el Chablais y en las tres Bailias.

Pero lo que nunca se alabará bastantemente en este sabio Príncipe, es la conducta arreglada que observó constantemente, como tambien todos los de su Corte durante las seis semanas que permaneció en Tonon, y los grandes ejemplos que dió de piedad. Como estaba convencido, de que el ejemplo del Soberano tiene mas fuerza para persuadir, que todo lo demas que pueda hacerse, se confesaba y comulgaba á menudo: asistia á los sermones y rogativas públicas con toda su Corte, pero con una modestia, que enternecia aun á los mas endurecidos; é hizo tan grandes limosnas, que toda la provincia se acordaba de ellas aun algun tiempo despues de su partida.

Cuando la política está sostenida por la piedad, no hay cosa que no llegue á conseguir. Se acaba de ver un ejemplo de esta verdad en el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: será seguido de muchos otros, que se irán notando en el discurso de esta historia.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO CUARTO.

Mientras que pasaba lo que acaba de contarse del lado de acá de los montes, todo lo que sucedia del lado de allá anunciaba grandes disensiones, y todos los Príncipes de Italia, próximos á tomar las armas unos contra otros, estaban en vísperas de turbar la profunda paz de que gozaba aquel reino despues de tantos años, y que tanto interes tenian los Soberanos en que fuese duradera.

La causa de aquel movimiento fué la negativa que dió el Papa Clemente VIII á Cesar de Este, de la investidura de Ferrara, y la reunion de aquella ciudad á la santa Sede. Los Príncipes aliados de la casa de Este, tomaron partido por ella. El Papa no dejó de tener partidarios. Todos tomaron las armas; y esto fué lo que obligó al Duque de Saboya, cuya presencia era aun muy necesaria en el Chablais, á volver á pasar los montes. La Italia se vió agitada tambien por algun tiempo con diversos movimientos.

Pero en tanto que recobraba su primera tranquilidad, sucedió una cosa que puso á Francisco en la mayor confusion, en que pudiese haberse visto en toda su vida. Habia abandonado el Chablais por no ser necesaria ya su presencia, y trasladadose á Annecy para dar cuenta al Obispo de Ginebra de la ejecucion de las órdenes del Duque y de las suyas: habia cumplido su comision con su acostumbrada exactitud, cuando aquel